

Juan María fruncía el ceño. El capricho de Ivona no le parecía natural.

Ivona sonrió.

El paso difícil estaba dado.

Había obtenido cuanto se proponía.

—Lo veremos, dijo fingiendo una alegría que estaba lejos de sentir. Dame el brazo, Corentino, y vamos al lugar.

La reunión se levantó con disgusto de la mesa.

La negativa de Ivona había producido mal efecto. La perspectiva de bailes, trajes y comidas se alejaba.

¿Podrían verla nunca tan cerca en aquella ocasión?

VIII

LA ROMERIA DE PLELAU.

Cuando los amigos de Rebec se dirigían por la calle de Hayas á la plaza de la aldea, el duque de Vandrey paseaba lleno de melancolía por su parque de Laugou.

Si os es propicia la fortuna, pedidle que os dé una propiedad como Laugou, con el buen sentido para vivir en ella y gozar en ella en paz.

Laugou es un paraíso terrestre algo agreste quizás, pero paraíso al fin.

Ocupa tres leguas de extensión, lo que no por eso supone grandes rentas.

Con doce kilómetros de tierras en Sologue 6 en la Lozère, se puede muy bien no tener que comer.

Laugou no es tan mezquino. Es escaso, pero hermoso.

Casa regia, bosques inmensos, estanques grandes como lagos, granjas pintorescas, de todo hay allí. Sin embargo, se hastiaba su señor.

Desde la noche del veintitrés de Febrero, se sentía humillado y envilecido.

Noble, adulado, festejado, pródigo, pero seguro de reponer su fortuna vendiendo su título á alguna opulenta plebeya, no satisfecho con robar al barón Santiago, quitándole la mujer, le había asesinado con la mayor cobardía.

Por muy acorazada y elástica que se tenga la conciencia, tales remordimientos pesan sobre ella horriblemente.

El duque buscaba distracciones á aquella idea fija, que llegaba á ser una obsesión perpetua.

Se había refugiado en el fondo del Morbihan, esperando que la tranquilidad del campo devolvería la calma á su agitado espíritu.

Otro encanto le atraía además.

Recordaba la seductora figura entrevista en los años anteriores, y grabada en su alma, movible y caprichosa como tantas otras, y que con algunas semanas de posesión, le habría hastiado.

Ivona Rebec no podía inspirar una pasión duradera á aquel gastado corazón, pero podía distraerle

durante el corto plazo de aquella prudente retirada.

Habíase decidido, pues, á separarse de su cómplice, cuya vista le recordada el infame atentado, y antes de salir de París, había ordenado á su notario el arreglo de su hacienda y el pago de los acreedores.

Si sentía cierta especie de repulsión hacia la mujer cuyo amor le había arrastrado impensadamente al crimen, la baronesa, por el contrario le amaba con más fuerza.

Diariamente le escribía largas cartas, llenas de minuciosos detalles y proyectos.

Aquella mañana acababa de traerle el cartero una escrita por los cuatro lados, mientras almorzaba solo y triste en el vasto comedor de roble ennegrecido por el tiempo, en cuyo centro parecía el duque un islote en el Océano.

La hermosa viuda le avisaba que vivía en la mejor armonía con su cuñado.

El banquero nunca le hablaba de su hermano, y procuraba aliviar, á fuerza de cariño, el dolor aparente de la que seguía llamando hermana.

No obstante su extraordinaria perspicacia, Luisa Renaud, creía sinceras aquellas muestras de afecto.

La carta contenía ardientes protestas de amor y mil juramentos de ser suya siempre.

Dentro de algunos meses podrían amarse sin secreto.

¿Quién podría censurarlos? ¿El mismo Noel, no

habría pensado para ella en un nuevo enlace? El mundo no exigiría que se condenase á prematuro aislamiento.

Y él, ¿no era libre para escogerla entre tantas como se enorgullecerían de llevar su nombre?

¡Qué extrañas son las pasiones!

A Luisa ni siquiera se le pasaba por las mientes que su conducta era infame.

La muerte de su marido no era para ella más que la desaparición del obstáculo que la separaba de su amante.

Su conciencia estaba muda.

El duque leyó varias veces la carta, paseando en sus sombríos bosques.

Luego la hizo pedazos y la esparció entre la maleza, entregándose á sus reflexiones.

Sentía decidida aversión á la baronesa.

Por muy escéptico que se sea, no es agradable hallarse continuamente cara á cara con quien tales recuerdos resucita.

La carga de escrúpulos del duque era, á la verdad, de las más ligeras, pero hubiera dado diez años de su vida por recobrar su libertad y romper la cadena que le ataba á la baronesa.

¡Ay! ¡Si Chapuzet pudiera devolverle sus millonel

¡Con qué gusto hubiera vuelto á la pasada vidal

Pero necesitaba otra fortuna, y la de Santiago Bresson se le brindaba.

Aun tenía unos meses de espera, y tiempo tenía de avisar todavía.

Miró de pronto su reloj.

¡Las dos y media!

Ya habrían terminado los banquetes de la fiesta de Plelau, y las gentes estarían entregadas á las diversiones públicas.

Sacudió la cabeza como para alejar ideas importunas, se dirigió á las cuadras y dijo á un mozo que estaba en la puerta apoyado en una horquilla:

—Ensilla mi jaca.

—¿Hay que acompañar al señor duque?

—Sí, que vaya Gib á buscarme.

—¿A dónde?

—A Plelau.

Gib era un mozo de cuadra, inglés, muy joven, de piernas delgadas y arqueadas como las costillas de un caballo de carreras.

A los cinco minutos, la jaca alazana, de dorado pelo y nerviosos corvejones, emprendió con acompasado y suelto galope el camino de Plelau, y su jinete pensaba con maligna sonrisa, que iba á ver á la linda muchacha, en la cual quizá no se hubiera fijado en París; pero en aquel fondo de flores y verdura escitaba violentamente su codicia.

Al acercarse al lugar moderó el paso.

Habíasele reunido Gib, embutido en su tubina azul con botones dorados, y se mantenía á respetuosa distancia.

Los retrasados, mujeres, ancianos y niños, pastores y leñadores acudían presurosos á la fiesta.

A tales solemnidades no suele faltar nadie.

Están arraigadas en los corazones, aunque hoy las antiguas costumbres vayan perdiéndose en Bretaña como en todas partes. Pero en Bretaña la desaparición es más lenta.

El bretón se aferra á la tradición y se resiste.

La plaza era pequeña para los concurrentes que afluyen por todas partes.

Los de Paimpont se codeaban con los de Ruffiac. Las gorras de Bruc, se mezclaban con los sombreros de Comblesac, porque cada distrito tiene su tocado.

Los mozos de Fougeray, que son marrajos, tenían ocasión de tratar con las mozas de Pleucardeuc, que son coquetas, y con las de Saint-Congard que se estarían seis semanas sin probar bocado antes que privarse de un delantal de seda.

La Bretaña es el país clásico de las cabezas duras, pero no hay romería en que no se rompa una media docena. Los golpes forman parte del programa: el vino los produce, pero no engendran rencillas. El Breton sobrio es un manso cordero.

A eso de las cuatro, la jaca del duque de Vaudrey mostró su fina cabeza en los alrededores de la iglesia.

La fiesta estaba en su apogeo.

Tres violinistas, subidos en toneles, rascaban de lo lindo. Lo que se bailaba no tiene nombre pero las piernas de los dos sexos, se movían con verdadera furia.

La plaza da por un lado al camino que conduce al castillo.

Esta entrada no tiene verja alguna, sino cuatro pilares de granito con gruesas cadenas.

El cuarto violinista se había colocado sobre uno de los pilares, y en torno de él se había agrupado abigarrada multitud á la sombra de las seculares hayas.

El duque distinguió, entre la turba de bailarinas á una joven vestida de negro, con fichú blanco crema.

Rodeando la compacta turba de aldeanos que al mirarle se llevaban la mano al sombrero, dirigióse el duque hacia la única calle de la aldea.

En medio de ella había un rótulo con una figura de animal que, á juzgar por la inscripción, «á los dos mulos,» debía pertenecer á la raza caballar.

La cuadra tenía un departamento especial para el dueño de Laugou, que dejó su cabalgadura á Gib y se dirigió á la plaza.

La gente se reunía en una tierra sin labrar que hay á espaldas de la iglesia.

Era la hora de las grandes emociones.

Iban á romper la rana.

Los habitantes de Montmartre y de Batignolles no conocen este juego.

A pesar del ferrocarril Brest, los boulevares de París están bastante lejos de las aldeas del Morbihan.

Romper la rana es una diversión local que se remonta á antiguos tiempos. Su sencillez, como ahora veremos, no puede ser mayor.

Dos vigorosos y decididos campeones se agarran á los dos extremos de un palo de serval; otros dos campesinos asen por las piernas á los anteriores y los levantan; detrás de ellos, las aldeas rivales, se asen en dos largas hileras.

Y empiezan á tirar.

Los campeones pasan del sonrosado al carmin, del carmin al violado y del violado al negro.

La serpiente se alarga indefinidamente por la cola. Las mismas caseras suelen acudir á tirar.

A veces, en un inmenso resbalón va al suelo una fila entera.

Pero si el que tiene el palo no suelta, continúa la lucha.

Se levantan y tiran á más y mejor. Tiran como para descuartizar á los pacientes y partíroslos por la mitad; pero se divierten mucho y no hay más que pedir.

Ante este espectáculo se suspenden los otros, como se pueden comprender.

Los violines callaban.

El grupo del camino se mezclaban en entusiasmada turba.

El señor de Vaudrey, siempre en acecho, observaba al grupo, y se dirigió hacia él.

Los bailarines se habían unido á los luchadores y tiraban encarnizadamente, unos por Plelau y otros por Scaer, los dos pueblos rivales.

El apellido de Scaer era Corentino Cleguer, el prometido de Ivona.

Los de Plelau debían llevar la peor parte.

En torno de los combatientes formaban círculo mujeres, niños y ancianos.

La misma Ivona, encantada por el espectáculo, estaba en primera fila con su padre.

El duque fué á colocarse á su lado y después de algunos cumplidos al administrador del conde Hugo, aprovechó un instante en que las cabezas seguían ansiosas los esfuerzos de los luchadores estendidos como dos serpientes gigantes, y dijo: al oído de la joven:

Necesito ver á usted mañana, á las dos, en la Cruz de los Azules.

Ivona se quedó mas blanca que su fichú y no respondió.

Toda la sangre se le agolpó á su corazón.

El duque esperaba una mirada.

Los ojos de la infeliz permanecieron obstinadamente bajos.

Por dicha estalló en aquel instante un gran vocerío.

Los de Plelau acababan de caer como una fila de naipes.

Exhaustas las fuerzas, quebrantados los brazos y medio muerto, su adalid había soltado el palo.

Scaer triunfaba y por todas partes hombres y mujeres gritaban: ¡Bravo, Corentino!

Más de un campesino se había derrengado; más de una cabeza había dado contra el suelo, pero se habían divertido en grande.

Al año siguiente, Plelau tomaría la revancha...

si la buena madre de Auray y Corentino Cleguer lo permitían.

A la noche, al volver á Scaer con sus padres y su hermano, Juan Maria estaba pensativo.

El parisién, menos atraído que otros por el espectáculo, había observado de reojo todos los movimientos del duque.

La inesperada negativa de Ivona le había sorprendido mucho.

Todo había quedado arreglado el año anterior: la hija de Rebec parecía satisfecha del proyectado enlace. Para cambio tan brusco era preciso una causa y la imaginación de Juan Maria la divisaba confusamente. Los pasos de Vaudrey le habían parecido sospechosos.

Juan Maria nada había oído, pero por el movimiento de los labios, por la sonrisa que acompañó á las palabras, y principalmente por la turbación de Ivona, adivinaba que los proyectos del duque no eran de los que pueden decirse en alta voz y honran al que los propone.

—¿Amas á Ivona? dijo á su hermano.

—Bien lo sabes.

—Pues cuidala.

Corentino se estremeció.

Su hermano le manifestaba rudamente quizá la misma idea que Juanilla la loca al encontrarles en la avenida de Plelau.

—¿Qué peligro corre? preguntó.

—No lo sé. Pero es bueno estar alerta.

—¿Por qué?

—Porque es muy bonita y acaso sea coqueta.

—¿Qué quieres decir?

—Que la he visto rondada por un galán, cuyas intenciones no son sanas.

Corentino levantó el puño cerrado.

—Si Ivona no me quiere, no pienso contrariarla. Es libre y no la quiero contra su voluntad; pero si me la quitase otro, lo aplastaría como una avellana. ¿A quién te referías?

—A nadie; pero el vecino de Laugou ha hecho muchas y no tiene fe ni ley.

Y añadió apretando el brazo á su hermano:

—Cuidado, pues, por tí y por ella.

—Ivona es una muchacha honrada, y nada puede haber entre ella y el duque, prosiguió Corentino; pero velaré por ella, como dices; por ella sobre todo, porque por mí..... Si ella tuviese la desgracia de ser tan vil.....

Corentino se detuvo.

—No jures, dijo Juan María. La amas..... está bien; pero..... ¡abre el ojo!

Se callaron.

El viejo Cleguer y su mujer dormían en el carro.

El caballo trotaba por la landa rocallosa del camino, iluminado por la luna.

Pronto las ruedas rodaron sobre la fría arena de una sinuosa avenida flanqueada de árboles, que iban siendo mayores á medida que el terreno mejoraba, y la arrogante silueta del castillo de los Bresson se dibujó sobre un ancho valle, envuelto en una bruma transparente y como luminosa.

Corentino pensaba:

—¡El señor de Vaudrey! Si se atreviera á tocar un dedo de Ivona, duque y todo, no escaparía vivo de mis manos.

Y Juan María, asediado por la idea que le atormentaba desde la noche fatal del 26 de Febrero, se preguntaba por su parte:

—¡El duque de Vaudrey!..... ¿Por qué lo recuerdo á todas horas?..... ¡Es él!..... ¡es él!..... ¿Pero cómo demostrarlo y cogerle?

IX

LA CRUZ DE LOS AZULES.

La cruz de los Azules es un calvario de granito (en el Morbihan es todo de granito, como el suelo en que los monumentos se erigen), levantado en el sitio donde se verificó en 1797 una memorable batalla entre la juventud de Plelau y de Scaer y la guardia nacional de Vaunes, que venía á llevarse al párroco y á jugarle una mala pasada.

Los dos bandos eran iguales en número, y se disputaron al cura con un valor que hubiera sido mejor empleado contra los extrajeros que trataban de invadirnos.

Los Azules fueron vencidos y los feligreses de Plelau conservaron su párroco, que se escondió en la landa, esperando tiempos mejores, después de